

JULIA FERRER: LA POETA POLIFACÉTICA PERUANA QUE DESAFÍO SU TIEMPO Y VIVIÓ AUTÉNTICAMENTE PARA NO QUEDAR EN EL OLVIDO

Carmen Álvarez

carmenauroraalvarezcucho8@gmail.com

Universidad Nacional Federico Villarreal (UNFV)

Julia Ferrer (1925-1995) es el seudónimo que utilizó Julia María Del Solar Bardelli para publicar sus dos únicos poemarios, *Imágenes porque sí* (Imprenta Bracamonte, 1958) y *La olvidada lección de cosas olvidadas* (Ediciones Solisol, 1966). Lamentablemente, la crítica literaria y los circuitos culturales no le han prestado la atención que se merece a pesar de ser una de las voces más originales y desafiantes de la Generación del 50, cuya poética es clave para entender la producción literaria de escritoras posteriores, tales como María Emilia Cornejo o Carmen Ollé, poetas que marcaron un antes y un después en el panorama literario peruano al profundizar en las poéticas del cuerpo y cuestionar el rol de la mujer en una sociedad patriarcal como la nuestra. Por ello, tanto su obra como su vida, quién fue Julia Ferrer, no debe quedar en el olvido, menos en el silencio.

En 1950, en el Perú gobernaba Manuel Odría, un militar que llegó al poder mediante un golpe de Estado. En este contexto, la literatura no fue ajena a los hechos suscitados, menos los y las escritoras de este tiempo. Entonces, surgió un debate en torno a percibir la literatura desde el compromiso social o el enfoque «purista». En este sentido, la modernización, la ciudad y la migración fueron temas importantes y centrales para la narrativa.

Por otra parte, en la poesía aún se buscaba experimentar con formas vanguardistas. Blanca Varela es uno de los nombres más representativos de esta generación y, por supuesto, la poeta más

importante según la crítica literaria oficial. Cabe resaltar que, además de ella, aparecieron otras voces marginales que también desafiaban no solo la manera de escribir, sino los temas a tratar como las poéticas del cuerpo y la situación de la mujer. Entre este grupo se encuentra una joven y prometedora Julia Ferrer, cuyo carácter arrollador e inteligencia aguda influyeron en su generación y su obra. Todo ello sin dejar de lado su libertad, viviendo según sus convicciones que en ese momento se contraponían con «la mujer ángel», modelo que todavía imperaba en una sociedad sumamente conservadora y machista.

DE UNA ESTRICTA BUENA EDUCACIÓN A SER UNA POETA POLIFACÉTICA

Julia María Del Solar Bardelli nació en Lima el 25 de febrero de 1925 en el seno de una familia conservadora y de clase alta limeña. Fue la segunda de cuatro hermanos. Su padre, Julio Alfonso Del Solar Lostaunau, era agricultor y dueño de grandes terrenos de cultivos en Ica. Su abuelo, José Del Solar, había conseguido su fortuna gracias a la explotación agropecuaria en Santa, Chimbote, Áncash. No obstante, Julia nunca se sintió muy identificada con sus parientes, pues se refería a ellos como «pitucos-huachafos» (Valcárcel, 2001).

Debido a su clase social, estudió en el colegio privado Corazones de Belén, que era dirigido por monjas y estaba situado a pocas cuadras de su casa en la esquina del jirón Washington y la avenida Uruguay. Ferrer le contaría en una entrevista a Sarina Helfgott que desde pequeña fue problemática pese a recibir una educación conservadora: «Desde niña amé intensamente la libertad y hasta ahora, por esa causa no ceso de crearme maravillosos problemas» (1966, p. 23).

A los 12 años, empezó su gusto por la literatura, siendo una lectora incansable de Miguel de Cervantes Saavedra, Edgar Allan Poe, Omar Khayyam, Marqués de Sade, Charles Baudelaire, Virginia

Woolf, Alfonsina Storni y Katherine Mansfield. Sobre su pasión por la poesía, Sarina Helfgott (1966) sostiene que Ferrer le confesó que fue una revelación:

No sé por qué suerte de hechicería encontré en mi carpeta un libro muy viejo y le faltaban páginas: era un poemario de Omar Kayam [*sic*]. Bastó que leyera un fragmento para comprometerme con la poesía definitivamente. Este deslumbramiento se produjo en una mañana de abril, en una pavorosa clase de Aritmética. Esa noche no pude dormir, agitada por nuevas vivencias y sensaciones (p. 23).

Además de ser una lectora infatigable, fue políglota; pues dominó muy bien el inglés, el francés, y parcialmente el alemán, el portugués y el quechua. Esta habilidad más adelante la llevaría a trabajar como traductora por algún periodo. Asimismo, desde pequeña mostró mucho interés por el arte, pasión que la conduciría a estudiar y trabajar en diversos campos afines.

En su juventud ingresó al Instituto Nacional Superior de Arte Dramático, donde estudió teatro para ser actriz y consiguió papeles como actriz de radioteatro. Entre ellos, destacó en *La guardia cuidadosa* de Miguel de Cervantes, dirigido por Felipe Buendía (Temoche, 2009). Asimismo, estudió Pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes, espacio donde conocería a importantes pintores de su generación, cuyas vidas estuvieron dedicadas a la bohemia, como José Bracamonte, Ángel Chávez, Víctor Humareda, Alberto Quintanilla, entre otros.

En relación con su trayectoria profesional, trabajó primero como docente en colegios estatales para subsistir. Más adelante, laboró como profesora de Teatro en la Pontificia Universidad Católica del Perú, así como traductora. Por último, se desempeñó como bibliotecaria y funcionaria en la Biblioteca Nacional del Perú. En resumen, Julia fue actriz, profesora, traductora, bibliotecaria y artista plástica; por lo que fue una escritora polifacética y, por ende, desafió cualquier etiqueta.

Adicionalmente, la poeta también tuvo la oportunidad de viajar, incluso residir, en diferentes partes del mundo: España, Italia, Francia, México (donde viviría por algún tiempo) y Guatemala.

LA VIDA BOHEMIA Y CULTURAL EN EL CAFÉ VIENA: LA MUSA DE SU GENERACIÓN

En su juventud, Ferrer empezó a frecuentar círculos culturales que estaban situados principalmente en el Centro de Lima, espacios emblemáticos como el Café Viena en jirón Ocoña, el Queirolo en jirón Quilca, el Palermo y Carbone en jirón Huancavelica, entre otros. Siempre acompañada de sus amigas, las poetas Cecilia Bustamante, Melba Luna, Florencia del Río y Catalina Recavarren, para asistir a recitales y realizar tertulias. Al respecto, Julia también conoció a Sarina Helfgott, poeta importante de la Generación del 50, quien manifestó admiración por su obra, así como su manera auténtica de vivir y escribir:

Leer su segunda entrega (*La olvidada lección de cosas olvidadas*) fue para mí un insospechado y gran placer del que soy deudora [...] Y es que Julia Ferrer, a quien no le hubiera disgustado ser garza o magnolia, domina ya sus medios expresivos. No ‘alquila’ posiciones, fórmulas o compromisos; tampoco está ‘a la moda’: es siempre ella misma frente a la vida y, en consecuencia, frente a la poesía (1966, p. 23).

Por otra parte, en este medio artístico conoció a sus parejas. Para esta sociedad, era considerada como una mujer «problemática» debido a sus múltiples ocupaciones y una agitada vida afectiva. Desde muy joven se vinculó con Pedro Rivarola, libretista de Radio Nacional, con quien tuvo a su primer hijo, Marco. Su segunda relación sería con el artista Jorge Bracamonte, a quien conoció en la Asociación de Artistas Aficionados. Fruto de esta unión nació su segunda hija, Laura. Por último, se vinculó con el dramaturgo

Octavio Ramírez de Risco, con quien concebiría a su tercera hija, Julia, en México.

Más allá de sus vínculos y compromisos formales, sostuvo varios romances con otros artistas como Hernán Piscoya y Alberto Quintanilla, e incluso con el poeta Alejandro Romualdo. Un dato particular es que el pintor Víctor Humareda estuvo enamorado de ella, de tal modo que fue considerada una musa para él, así como para el pintor Carlos Ostolaza. Con este último mantuvo una relación de 25 años entre idas y venidas hasta su muerte, el 16 de febrero de 1995.

SU LEGADO SIGUE VIGENTE

A pesar de que Ferrer solo publicó dos libros y no ha recibido algún reconocimiento a lo largo de su trayectoria, es considerada por un grupo significativo de escritoras y escritores como una voz que —si bien se mantuvo marginada y oculta por mucho tiempo— es importante estudiar en el panorama literario de la Generación del 50, así como su influencia entre sus colegas y escritoras. Sus dos obras —también dejó materiales inéditos— le bastaron para ser consagrada por su manera excepcional de escribir, cuestionar e interpelar los códigos morales de su tiempo a partir de su condición como mujer. Esta posición a contracorriente la expresaba sin poses o artificios.

Por ello, sería importante que sus obras se reediten ahora porque algunos de sus poemas se encuentran en antologías, como la de González Vigil, Toro Montalvo o Reynaldo Jiménez. En 2004, se publicó la antología *Gesto*, la cual recopila su poesía desde 1942 hasta 1981. En todo caso, sería pertinente reeditar esta publicación para que su legado continúe vigente.

Finalmente, quisiera reproducir las palabras que le dedicó Sarina Helfgott (1966) a Julia Ferrer: «Jamás renunció a sus ideas, a su particular manera de enfrentarse al mundo que la rodea, a su íntimo

secreto universo: es uno de los pocos seres que conozco que no ha hecho concesiones, que no se ha traicionado» (p. 23). Efectivamente, Julia jamás se ha traicionado a sí misma y, por ello, merece toda nuestra admiración y atención hacia ella y su obra.

BIBLIOGRAFÍA

- Helfgott, Sarina (25 de diciembre de 1966). Julia Ferrer: una lección de poesía. *Correo*, p. 23.
- González Vigil, Ricardo (1999). Julia Ferrer. En *Poesía peruana del siglo XX. Del modernismo a los años 50*. Lima: Copé.
- Jiménez, Reynaldo (2005). Julia Ferrer. En *El libro de unos sonidos*. Buenos Aires: Tsé Tsé.
- Temoche, Tania (2009). Julia Ferrer, poeta marginal. *Vicionario*, 3, pp. 47-52.
- Valcárcel, Rosina (2001). Aproximaciones a la poesía de Lola Thorne y Julia Ferrer (I). *Ciudad Letrada*, 6, pp. 1-2.

